



El sastre de las mariposas

Un homenaje a Juan Carlos Mestre

IES Legio VII - Junio de 2017





Un día con Mestre

PUBLICACIÓN DEL IES LEGIO VII

Colaboran en este homenaje:

- Claudia Acevedo
- Mélanie Alcalde
- Sandra Almarza
- Aarón Alonso
- Iván Álvarez
- Julia Andrés
- Laura Brazuelo
- María Cisneros
- Natalia Clarete
- Jorge Corral
- Gema Cuervo
- Christian Diéguez
- Jorge Estefan
- Alba Fernández
- Marina Fortes
- Ernesto González
- Ignacio Molina
- Carmen Pérez
- Valeria Pérez
- Daniel Puente
- Victoria Rodera
- Tamara Serrano
- Pablo Trapote
- Nonia Vaquero
- Guillermo Vázquez
- Claudia Vidal

COORDINA:

DEPARTAMENTO DE LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA DEL IES LEGIO VII.

El sastre de las mariposas

Unos versos del poema “Cavalo Morto” esbozan la figura del sastre de las mariposas, un personaje enigmático del imaginario lírico de Juan Carlos Mestre. Tengo para mí que ese sastre no es otro que el propio Mestre. Muerto ya Lèdo Ivo, hemos llamado al único taumaturgo capaz de resucitarlo. Volvió a hacerlo el pasado 20 de abril con su espléndida voz, con su mágica presencia, con las notas nostálgicas de su acordeón, con la explosión volcánica de sus versos. Eran las doce del mediodía de ese jueves 20 cuando Juan Carlos Mestre, una de las voces más valiosas de la

lirica contemporánea franqueó la puerta del IES Legio VII y recibió la bienvenida del comité de recepción, constituido por los alumnos Lucía Ramón y Fernando Rodríguez. Ellos lo guiaron a la Biblioteca del centro, donde otras dos alumnas, Marina Fortes y Nonia Vaquero, bolígrafo en ristre, lo esperaban para la realización de la entrevista, que, con su habitual pericia técnica y artística fue filmada por nuestro cineasta, el profesor Alberto Taibo. Mestre se explayó y estuvo a sus anchas contestando unas preguntas que luego calificaría de oportunas e inteligentes.

Más tarde, en el salón de usos

múltiples, tras unas palabras de gratitud y bienvenida por parte del Director del Centro y otras de presentación a cargo de Luis Miguel, Mestre entreveró la explicación de su teoría literaria con el aderezo de sabrosas anécdotas personales y la recitación de algunos de sus más célebres poemas, acaparando la atención de todo el auditorio. El acto se completó con la participación de los alumnos, que formularon preguntas al autor e interpretaron piezas musicales.



El hijo del panadero

Juan Carlos Mestre o la multiplicidad. Raras veces un talento artístico se ha vertido sobre tan diversos quehaceres con resultados y aportaciones tan considerables. En su biografía se aúnan varias biografías. Además de poeta, Mestre es ensayista, grabador, acuarelista, escultor, hijo de panadero y nieto de sastre. Durante una larga temporada fue periodista, pues completó en la Universidad de Barcelona una licenciatura en Ciencias de la Información. Ha realizado grabaciones discográficas, adaptaciones de clásicos y antologías poéticas de contemporáneos. Dicta cursos de estética, dirige talleres literarios, actúa de jurado en diferentes premios. Si sus recitales son espectáculo, las dedicatorias de sus libros son pura obra de arte. Domina como nadie la recitación, en la que acostumbra acompañarse de la música, hace de su discurso un arma de seducción. Es tan rica y poliédrica la actividad por él desplegada que necesitaríamos horas para glosarla como se merece.

Juan Carlos Mestre proviene de un tiempo menesteroso y de una tierra literariamente fecunda. De un tiempo menesteroso, porque los comienzos de su andadura vital no fueron fáciles. En la casa de su infancia no había casi ninguna de las comodidades que tenemos ahora en nuestras casas; ni siquiera había libros. El hijo del panadero debía colaborar con el trabajo familiar y lo hacía llevando a sus vecinos, con la ayuda de su bicicleta, los panecillos y las hogazas de pan candeal que su padre elaboraba. Términos como 'necesidad', 'hambre', 'intemperie' y 'pobreza' pertenecen al vocabulario lírico de Mestre. Baste citar los versos iniciales de uno de sus poemas más acreditados: "Mis antepasados inventaron la Vía Láctea, dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad, al hambre le llamaron muralla del hambre, a la pobreza le pusieron el nombre de todo lo que no es extraño a la pobreza."

De una tierra literariamente fecunda, porque Villafraanca del Bierzo (donde nació en 1957) es la cuna de insignes poetas y escritores, como Martín Sarmiento, Gil y Carrasco, Antonio Pereira o Ramón Carnicer. Los poetas locales están en los inicios literarios de Mestre. Gilberto Ursinos le pasó el testigo de la creación lírica; Pereira, el poeta de la voz abacial, le legó un ejemplo de coherencia ética, simpatía e inquebrantable cordialidad. Con el paso de los años, sus mentores se fueron multiplicando: Miguel Hernández, Antonio Gamoneda, Arthur Rimbaud, John Keats y, a partir de su estancia en Chile, Gonzalo Rojas, Nicanor Parra y el brasileño Lêdo Ivo. Puede decirse que Mestre fue el introductor en España de la poesía de Lêdo Ivo, porque nos lo dio a conocer en su célebre poema "Cavalo Morto", donde lo presenta como el taumaturgo capaz de resucitar caballos y evangelistas. En una entrevista que hicieron a Ivo en 2011, declaró: "Yo soy una invención de Juan Carlos Mestre. Y es maravilloso, porque los poetas necesitan que alguien los invente para ser ellos mismos".



Con 25 años publicó Juan Carlos Mestre su primer poemario, *Siete poemas escritos junto a la lluvia*, al que seguirían *La visita de Safo* y *Antífona del otoño* en el valle del Bierzo, con el que consiguió en 1985 el premio Adonáis. Posteriormente, durante 6 años fijó su residencia en Chile, donde publicó en 1987 *Las páginas del fuego*. De vuelta a España, publica en 1992 *La poesía ha caído en desgracia*, poemario con el que obtiene el Premio Jaime Gil de Biedma. Durante su estancia posterior en Roma, escribe *La tumba de Keats*, al que se otorga el Premio Jaén de Poesía en 1999. Siguen: *La casa roja*, Premio Nacional de Poesía en 2009 y *La bicicleta del panadero*, Premio de la Crítica del año 2012 y probablemente su obra más ambiciosa, con casi 500 páginas.

Poeta disidente y comprometido, rebelde y visionario, ensoñador de utopías, acampa con los perdedores, visita a los represaliados y presta su voz a las víctimas. Consciente de que, en el decir de Gamoneda, "la belleza no es un lugar adonde van a parar los cobardes", persigue la belleza de la palabra poética cultivando poderosas metáforas de cuño surrealista, imágenes visionarias y oníricas de extraordinaria fuerza expresiva. Ajena a grupos literarios, generaciones o tendencias, la poesía de Mestre despliega una singular originalidad artística a la vez que un estilo profético, disconforme con el poder y con lo establecido, inspirado en ocasiones en el estilo de los salmos o de las bienaventuranzas bíblicas.

En el ámbito de las artes plásticas ha expuesto su obra gráfica y pictórica en galerías de España, Europa, EE.UU. y Latinoamérica. En 1999 obtiene una Mención de Honor en el Premio Nacional de Grabado de la Calcografía Nacional y una distinción similar en la VII Bienal Internacional de Grabado Caixanova 2002, el Premio Internacional de Arte Gráfico Atlante 2009 y el III Premio Internacional de Grabado Dinastía Vivanco en el año 2010.

De su diálogo con la obra de otros artistas y poetas han surgido libros como *Piedra de Alma*, con José María Parreño (1994), *Crónica de amor de una muchacha albina*, con Rafael Pérez Estrada (1994), *Emboscados*, con Amancio Prada (1995), *Bestiario apócrifo*, con Álvaro Delgado (2000), *Enea y los gatos*, con Javier Fernández de Molina (2002), *Los sepulcros de Cronos*, con el escultor Evaristo Bellotti (2007), *Extravío en la luz* con Antonio Gamoneda (2008) y un largo etcétera.

Goethe escribió que "el hombre sordo a la voz de la poesía es un bárbaro" y Lorca que "la poesía no quiere adeptos, necesita amantes". En su depurada y experimentada voz lírica, Juan Carlos Mestre acoge la sabiduría de alguien que ha sabido leer a los clásicos y a los contemporáneos; y vive la pasión con que solo los amantes de la poesía se afanan en la escritura cotidiana de sus versos. Faro y antorcha de la nueva poesía, Mestre ha sabido hacer de su entusiasmo por la lírica un modo vocacional de estar en el mundo. Por estas razones está hoy con nosotros. Es hora ya de que mis palabras cedan el turno a las suyas, para que podamos captar la grandeza de su mensaje. Muchas gracias a él por su presencia y a todos por vuestra compañía y por vuestra atención.



Entrevista con Juan Carlos Mestre

Marina Fortes y Nonia Vaquero

Nonia: ¿Crees que la poesía es un arma social?

Juan Carlos Mestre: Bueno; yo creo que en mi poesía no hay acento social, sino estruendo social, y no estoy para nada de acuerdo con la idea o el concepto de que la poesía es un arma cargada de futuro. Yo creo que se acabó el tiempo de las metáforas bélicas, y lo que le sobra a la poesía es ese tipo de armas cuyos filos hieren la conciencia siempre inocente de las personas. En todo caso la poesía es un alma que se articula como una herramienta en las zonas más profundas de la conciencia. Preferiría la palabra 'herramienta', que está vinculada a la azada, a la palabra 'arma', que está vinculada a un revolver. La poesía está en otra trinchera, su negocio no está en la ventanilla de la pólvora, sino en la abierta sonrisa y en la desesperanzada esperanza de los que creen en el imperio absoluto de la dignidad humana.

Marina: ¿Crees que tu poesía tiene una virtud sanadora para tus lectores?

Juan Carlos Mestre: Bueno; pretendería al menos que no cumpliera una función tóxica en la época en la que vivimos; pero, en todo caso, la poesía a mí lo que me ha generado, en primera instancia, es desorden: el desorden absoluto de los sentidos que conduce directamente a la desobediencia, a lo imprevisible; a desobedecer, sí, la costumbre de los significados, y eso creo que es una de las formas de la salud del bien. Todo aquello que reitera lo ya sabido, un discurso poético que solo cumple una función decorativa para hacer más soportable lo ominoso de la realidad, creo que es un sucedáneo del gran desafío, de la gran salud del bien que tiene la poesía para llevarnos a través de la esperanza a un lugar donde el miedo siempre queda lejanamente atrás.

Nonia: De pequeño ayudabas a tus padres en su panadería, ¿tu infancia ha influido de alguna manera en tu poesía?

Juan Carlos Mestre: La panadería de mi padre, la palabra 'pan', la palabra 'harina', significaban para mí un estado no sólo de inocencia, sino de afecto relacionado con la intensidad del amor. El amor como una necesidad colectiva de lo social. Yo tengo muy presente en mi memoria infantil el primer concepto de la justicia social, que estaba representado por aquellas palabras que decía mi padre a la gente que venía a pedir el pan fiado, sin dinero, "el pan no se le puede negar a nadie". Bien está que los errores y las formas de lo incorrecto en el territorio del habla pueblen el mismo lugar moral que las pequeñas ideas que sigue manteniendo el individuo, ese hombrecito verde que nos mira desde los semáforos.

Marina: ¿Te consideras un artista global?

Juan Carlos Mestre: Ejercer la voluntad de alguien que no se siente solo entre los demás, es decir, la voluntad de aquellos que creen que los seres humanos somos responsables unos de los otros, y en ese sentido las cosas, el arte, la pintura, la música, los poemas, es mi manera de hacerme cargo y de participar de la problemática de mis semejantes, de mis contemporáneos. No conozco mejor manera de militar en el desafío de la conciencia del porvenir ni en los sueños aún pendientes de ser soñados de las personas.

Marina: ¿A qué te refieres cuando afirmas que la rebeldía y la desobediencia son exigencias éticas del ser humano en la actualidad? ¿Qué significado tiene la poesía como "acto de resistencia"?

Juan Carlos Mestre: Cuando yo hablo de la poesía como un acto de resistencia, estoy hablando de esa poesía que se resiste a los actos imbéciles y que abraza siempre al inocente. Esa poesía que ante el pelotón de fusilamiento o la fosa común, levanta la voz para recordarle al verdugo qué es lo que significa la palabra 'piedad' o la palabra 'misericordia'. Esa palabra que ante el poderoso levanta la voz para recordar la voz de aquellos que tuvieron que callar cargados de razón y que siguen diciendo, aún bajo las simas de la tierra, en los abismos oscuros del olvido, acaso el mayor acto de cobardía de la historia, ahí siguen repitiendo "soy inocente, tengo hambre, soy portador de derechos...".

Nonia: ¿Durante cuánto tiempo ejerciste el periodismo y por qué lo dejaste?

Juan Carlos Mestre: Es un lugar lleno de medicamentos políticos y de grandes obras ideológicas, donde la construcción de la opinión pública se ha impuesto sobre la propia opinión pública. Me cuesta encontrar hoy un lugar de sanidad discursiva entre los fragmentos de los medios de comunicación, que han dejado de ser las voces individuales de los intelectuales, de los periodistas que pensaban, de los escritores que aún piensan, para ser radicalmente lugar común de la voz de los amos.

Marina: ¿Quiénes son los poetas que más te han influido o enseñado?

Juan Carlos Mestre: Antonio Gamoneda, un poeta al que conocí prácticamente siendo niño y que su poesía entro en mí con el grado de revelación que tiene la voz de un relámpago, con la voz de un mandato de la conducta, la manera de estar en la poesía como se está en un proyecto espiritual en la vida. Me gustaría, ya que su nombre llena el territorio que podría dar nombre a cualquier estrella,

quedarme en el nombre de ese hombre, de ese poeta, Antonio Gamoneda.

Marina: ¿Cuándo te diste cuenta de que la poesía era lo tuyo?

Juan Carlos Mestre: Yo creo que la poesía apareció en mí cuando en el colegio, siendo niño, descubrí que en aquellos textos que más me gustaban, en aquellos lugares estaban las palabras con las que a mí me gustaría hablar, relacionarme, con las personas que habitaban el mundo; aquel lugar donde las palabras constituían una fundación absoluta de cordialidad, de fraternidad y de belleza, donde se hacía presente algo más que la luz. En aquellos poemas de los libros, aquellas palabras eran lo más parecido a las que me decía mi madre, las mismas palabras con las que empezaba a descubrir el mundo de los afectos, cuando se unió el amor con la necesidad y se unió la poesía con la persona. En ese lugar en ese momento me di cuenta de que la poesía, posiblemente, fuera la única posibilidad de salvación que yo tenía en el mundo.

Nonia: Ahora que has logrado el reconocimiento general y te has consagrado como poeta, ¿piensas que seguirás manteniendo la independencia creativa?

Juan Carlos Mestre: Los poetas no somos caballos de carreras que llegan a la meta unos antes que otros. Los pequeños reconocimientos, las recompensas se agotan y se extinguen como pequeñas lamparillas sobre las lápidas de los cementerios. Un poema dura lo que dura la memoria de un hombre, después vendrán otros, los jóvenes, que en las grandes buhardillas de la imaginación están ya comenzando a escribir los grandes poemas del futuro. Yo me contentaría con haber dejado unas líneas de leña que alimenten la gran hoguera de los desafíos de la imaginación de aquellos que posiblemente todavía no han nacido.



Diez poemas de Juan Carlos Mestre

Cavalo Morto

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Un poema de Lèdo Ivo es una luciérnaga que busca una moneda perdida. Cada moneda perdida es una golondrina de espaldas posada sobre la luz de un pararrayos. Dentro de un pararrayos hay un bullicio de abejas prehistóricas alrededor de una sandía. En Cavalo Morto las sandías son mujeres semidormidas que tienen en medio del corazón el ruido de un manojito de llaves.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Lèdo Ivo es un hombre viejo que vive en Brasil y sale en las antologías con cara de loco. En Cavalo Morto los locos tienen alas de mosca y vuelven a guardar en su caja las cerillas quemadas como si fuesen palabras rozadas por el resplandor de otro mundo. Otro mundo es el fondo de un vaso, un lugar donde lo recto tiene forma de herradura y hay una sola tarde forrada con tela de gabardina.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo es un río que madruga para ir a fabricar el agua de las lágrimas, pequeñas mentiras de lluvia heridas por una púa de acacia. En Cavalo Morto los aviones atan con cintas de vapor el cielo como si las nubes fuesen un regalo de Navidad y los felices y los infelices suben directamente a los hipódromos eternos por la escalerilla del anillador de gaviotas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Un poema de Lèdo Ivo es el amante de un reloj de sol que abandona de puntillas los hostales de la mañana siguiente. La mañana siguiente es lo que iban a decirse aquellos que nunca llegaron a encontrarse, los que aún así se amaron y salen del brazo con la brisa del anochecer a celebrar el cumpleaños de los árboles y escriben partituras con el timbre de las bicicletas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

Lèdo Ivo es una escuela llena de pinzones y un timonel que canta en el platillo de leche. Lèdo Ivo es un enfermero que vendar las olas y enciende con su beso las bombillas de los barcos. En Cavalo Morto todas las cosas perfectas pertenecen a otro, como pertenece la tuerca de las estrellas marinas al saqueador de las cabezas sonámbulas y el cartero de las rosas del domingo a la coronita de luz de las empleadas domésticas.

Cavalo Morto es un lugar que existe en un poema de Lèdo Ivo.

En Cavalo Morto cuando muere un caballo se llama a Lèdo Ivo para que lo resucite, cuando muere un evangelista se llama a Lèdo Ivo para que lo resucite, cuando muere Lèdo Ivo llaman al sastre de las mariposas para que lo resucite. Háganme caso, los recuerdos hermosos son fugaces como las ardillas, cada amor que termina es un cementerio de abrazos y Cavalo Morto es un lugar que no existe.

Antepasados

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea, dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad, al hambre le llamaron muralla del hambre, a la pobreza le pusieron el nombre de todo lo que no es extraño a la pobreza. Poco es lo que puede hacer un hombre con el pensamiento del hambre, apenas dibujar un pez en el polvo de los caminos, apenas atravesar el mar en una cruz de palo.

Mis antepasados cruzaron el mar sobre una cruz de palo, pero no pidieron audiencia, así que vagaron por los legajos como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las aldeas. Y llegaron a los arenales, en los arenales la tierra es brillante como escamas de pez, la vida en los arenales sólo tiene largos días de lluvia y luego largos días de viento.

Poco es lo que puede hacer un hombre que solo ha tenido en la vida estas cosas, apenas quedarse dormido recostado en el pensamiento del hambre mientras oye la conversación de los gorriones en el granero, apenas sembrar leña de flor en la sábana de los huertos, andar descalzo sobre la tierra brillante y no enterrar en ella a sus hijos.

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea, dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad, atravesaron el mar sobre una cruz de palo. Entonces pusieron nombre al hambre para que el amo del hambre se llamara dueño de la casa del hambre y vagaron por los caminos como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las aldeas.

Poco es lo que puede hacer un hombre con las migas de la piedad, comer pan mojado los días de lluvia a los que luego seguirán largos días de viento y hablar de la necesidad, hablar de la necesidad como se habla en las aldeas de todas las cosas pequeñas que se pueden envolver con cuidado en un pañuelo.



El otoño

Lloro ángel mío como un caballo joven que huye de su sombra, lloro bajo el palio púrpura de la núbil inocencia, también por los sueños que no tuve y que ya nunca sabré, porque todo se ha envanecido y me cavila y lo divulgo, lloro sobre esta época y su dulcedumbre pero tú no me escuchas, pero tú me habrás olvidado unguida por lo dócil y el efímero esmero de las giganteas fragantes.

El que llora, el arrobado de juglaría y el que canta para ti epinicios de oro, es que pláceme cumplirte y sonar el cálamo y obedecerte fiebre mía, luz poderosa de un río vocal donde acude mi corazón como balando.

Malva es entre las tumbas, hierba de los campos de Arganza el que aquí ha llorado buido por las lágrimas y es celoso con la tierra que pisa, el rozado por la desventura y el invadido por el relámpago y aquel que bajo un panamá de nieve se amarillea y despierto en medio del día se aleja de ti y ya es difunto porque no ha de morirse aunque aletee, aunque recorra el mundo empapado por tu ceniza y goce y no te prefiera.

Lloro por el resplandor y los geómetras y por los astros que caen de mis ojos como semillas o yámbicos y lo que dicta el azogue. Cúmplase que he vuelto, aquel que acude a su videncia porque escrito está, porque en lo aullado da su inicio la fragancia.

Retrato de familia

Ciego de Ávila, provincia de Camagüey, isla de Cuba. Mi abuelo tocaba el clarinete y tenía un cinturón con hebilla de oro. Esto sucede en 1920, delante de una tela pintada con palmeras y pájaros que habrían de ser multicolores.

En una calle de La Habana, recién llegado de Vigo, Leonardo Mestre le compró a su novia una peineta de carey. Están los dos, él lánguido de ojos y con un traje de lino. Ella, bajo la luz de los trópicos, es bella y me mira.

Han conocido el ancho cielo y los grandes peces de los mares. Su juventud es dichosa como la aventura que acaban de descubrir.

Entonces se han colocado para la fotografía y con ella, como el que es alegre y vencido por el amor, entran en el hermoso sueño de la vida.

Ya nada pudo separarlos, sólo ellos saben porqué fue aquel el instante preciso del milagro. Yo podría continuar esta historia pero no sé si en 1920 había chevroles en Cuba.



Lo que lleva un poeta en la mochila

A Jorge Riechmann

Lleva yogur para el camaleón
Las tijeras del equinoccio con que sí
Las tijeras del equinoccio con que no
Piedrecillas para el cementerio judío de la piedad
El bulbo del razonamiento
La Historia del Movimiento Obrero de las Hormigas
Una taza para el agua
La llave que abre el sueño de las muchachas dormidas
Los zapatos de Josephine Baker y la herradura de los ladrones
Lleva un puñado de tierra para la almohada
Y es la almohada
Un silbato para encender el brasero
Ruido de nueces para el instante de las semejanzas
Una aldea donde es feliz el calor
El pasadizo de estrellas hacia el rey del otoño
Un tintero para el himno de la desobediencia
Pan para el pan, eso lleva
Lleva la prosperidad de las repeticiones.



Elogio de la palabra

9gUdUUMFUbC \UgXc`dfcbi bVUXUWbU`cgXjcgYz
YgUdUUMFUmUgca VFUXYgUdUUMFU\Ub`gXc`dfcbi bVUXUgUbHY`j UWz
dFU i bUa i `hli Xei Ybc Yl jgY`
7i UbXc`Ua i YHYUMWZ`UfUhnXYgUdUUMFU\c`UXYgUdUUMFU
UFXfzb`Yb i b Vcgei Yei Ycfc Z Yl c Wbg a Y`
@c`ei YZ YUa UXc`Wa c WYdcz`c YgM]tc`Yb`UXcW]XUXY`zfVc`•b]Wz
gYfz Wbgc`UMCB`Yb i b`dUgUY`YUbc`
7ca c`U]ba Qj]`a]fUXUXY`dz`Uc`UbH`UVU`YgHZUg]`UdUUMFU
mUgca VFUXYgUdUUMFUU i UFXUb`g`dYfa UbYbVUa zgU`z
XY`UfYj YUMCB`XY`Ua i YfH`
GCc`Y`UfYz`•b]Wa Ybh`c`ei YXY`UfYU`UfYa]ga c`hfUga]ha cg`
Wa c`hYgLa YbUc`XY`c`bca VFUXczdYfa UbWfz XYbcgchfcg`
@U`i`nz`Ua Uhf]UXYgUdUUMFU`mY`fi]Xc`XY`Ugca VFUXYgUdUUMFU`



Parménides

@Uj YfXUXYgi bUX]cgUei YYbgY`UY`Wa]bc`U`cg`YffUbHg`
G]`XYVgYf`b`WgUf]U`U`i`nUbHg`\`UXYbc`gY`UbcWY`
9`c`j]Xc`Yg`UdfYgYbVUdUfYbhXY`c`ei`YU`b`Yl`jgY`
@UX]cgU`U`]UUY`VfW`c`XY`UVYbYj`c`YbV]UgYgd]UXcgU`
@c`Za`Yb]bc`Yg`Ufi`YXUXY`i`b`WffcZ`c`a`UgW`]bc`UclfU`
M`gcnXcgYá`YUbnUgdUfUYUgXYUa`cfzXcg]bZb]tcg`
Bc`gf`g]`UgnY]i`Ugd]YbgUb`c`dUXWbZXi`Xc`YbUc`bWg`
!Qga`zg`i`gU`Y`ei`YbUWc`Y`ei`Ybc`di`Xc`gYf3
7i`UbXc`a`Ya`i`YUfY]fYgUf`f`U`lc`Xc`XY`UbUXU`
9gcnWbHbUc`"



Heráclito

Mi padre dijo: Hoy es el día del fuego
en cuya destrucción todo es diferente.
Ancho era el mar y yo quería buscarme a mí mismo,
rodee su cuello con dulzura, sus extinguidos brazos,
aquellos que tensaban el arco y en la luz del día
caricia exacta de más y más amor hacían.
También el humo hace toser a los dioses,
por eso padre mi alma está llena de fuego.
Yo le decía, pero su sueño era hallar la orilla,
averiguar el inicio de la costa, botar naves.
No se da cuenta que el agua quemó ayer todas las playas.



La voz, las voces

Voz de los vientos. Voz y júbilo de los vientos en la oscuridad. El oráculo de la melancolía, el martillo de los ferroviarios al golpear los rieles. La voz de los extranjeros en el pasadizo, voces de plata en los subterráneos como tambores mojados. Resplandor de las voces al anochecer, cuando los circos encienden sus bujías en los descampados y los vagabundos silban a los viejos caballos de madera que giran en los carruseles.

Sábanas. Sábanas de voces en la escritura de mi corazón. Desconocidas, piadosas, azules sábanas bajo la lluvia y los números de la muerte.

Voces bajo la especie del odio, voces desocupadas por el pensamiento de los solitarios. Voces en los anzuelos y voces en los alambres blancos del vacío. Voces cuya tiza traza círculos en la desolación, semillas de las que brota el otoño, las hogueras que sueño, los cisnes decapitados.

Voz y compás de la voz en la construcción de las bóvedas, voz cuya invocación es el aire. Voces llamadas a claridad, a niebla, a palabra de árbol. Pero voces también bajo la forma de herida, bajo figura de palomas en un charco de sangre.

Poesía de las voces y narración de las voces. La ficción de Hamlet en el foyer del teatro, la ficción de las rosas, las sirenas de la policía. En esta escena no, pero sí en el carromato de las Amazonas bajo el cruce de las autopistas. Pero sí en el club de la carretera. Voces oídas por el acróbata, voces cuya perfección es la esfera y la aguja de vidrio.

Voces cuyo ruido es arrastrado por el viento. Voces anilladas por el ornitólogo, pronunciadas sucesivamente, leídas sucesivamente como cartas de un muerto, como jaulas vivas colgadas del marfil, del hueso de cristal en los salones de caza. Voces, voces puras cuyo país es mi alma.



Eclipse con Rimbaud

He pasado la mitad de mi vida en la oscuridad.
He descargado camiones de oscuridad.
He bebido toda la oscuridad.
He dormido con la oscuridad.
He amado la oscuridad y me he acostado con ella.
He tocado las piedras de la oscuridad hasta herirme las manos.
He repetido tu nombre en la oscuridad.

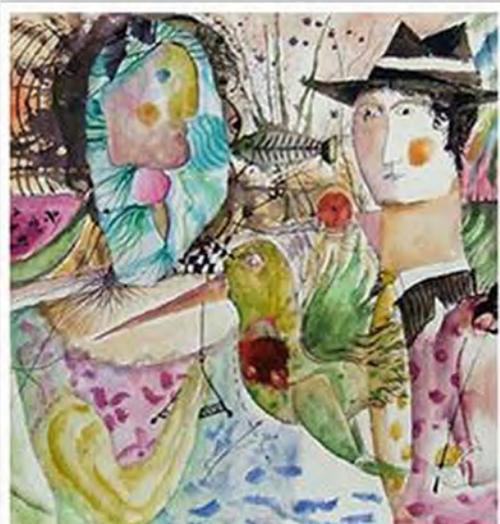
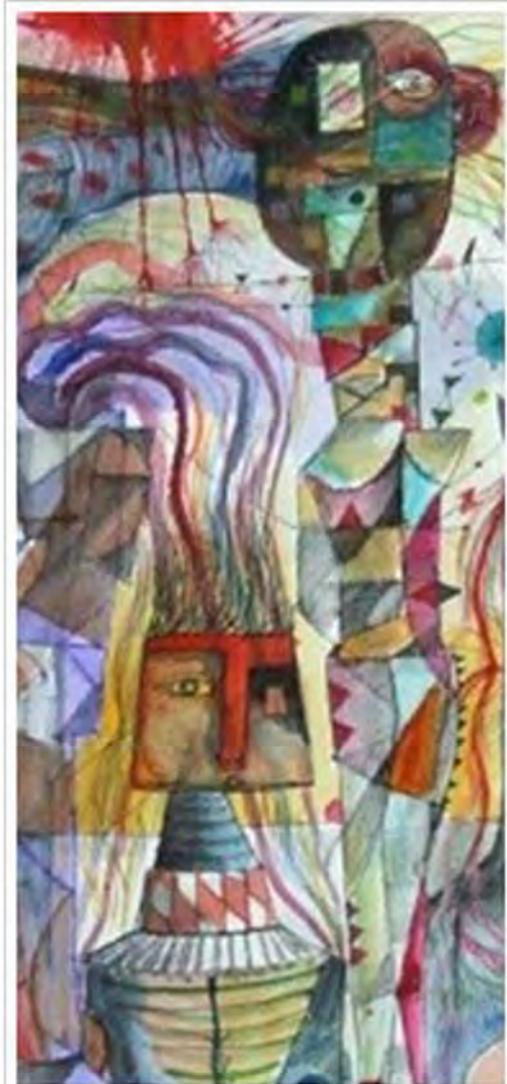
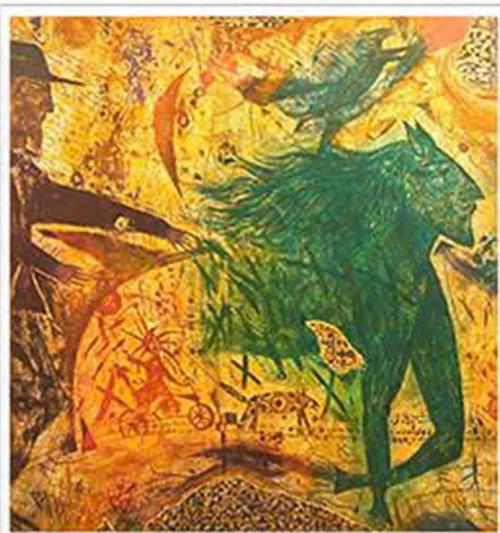
Los pescadores cantan en la niebla de la oscuridad.
Los jóvenes sin vida están despiertos en la oscuridad.
Los músicos y las rameras guardan su corazón en la oscuridad.

He soñado con la oscuridad la mitad de mi vida.
He hospedado mi juventud en el cáñamo de la oscuridad.
He desnudado a la oscuridad y gozado con ella.
He acariciado con dedos de pastor el sexo de la oscuridad.

La oscuridad es la oración de los acordeones nublados.
La oscuridad vive en las palabras que descifran la muerte.
La oscuridad habita los suburbios de la belleza.

Dad de ladrar al perro de la oscuridad.
Oíd la lepra sagrada de la oscuridad.

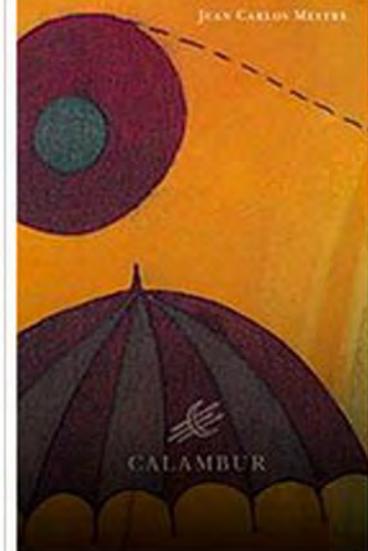




Antífona del otoño

en el VALLE DEL BIERZO

JUAN CARLOS MESTRE



MESTRE

LA
POESÍA
HA CAÍDO
EN DESGRACIA


CALAMBUR
(Poesía, 122, MADRID,
2006)

JUAN CARLOS
MESTRE

LA
CASA
ROJA


CALAMBUR
(Poesía, 85)

MESTRE
A TUMBA DE KEATS



Juan Carlos

MESTRE

La bicicleta
del panadero



CALAMBUR
(Poesía, 251,
MADRID,
2012)

JUAN CARLOS
MESTRE

visita de Safo
y otros poemas
para despedir a Lennon



CALAMBUR
(Poesía, 127, MADRID, 2011)



JUAN CARLOS MESTRE

ANTIFONA DEL OTOÑO
EN EL
VALLE DEL BIERZO



ADONAI

429
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid

Algunos poemarios de
Juan Carlos Mestre

Con métrica de lluvia, pájaros y cerezas



Pájaros aventureros cruzan en el aire.
Tales uñas pintadas
con esmalte rojo-marrón.

En el aire la luz no siempre es
perfecta.

La oscuridad, a veces, se cierra
parpadeante y negro azabache.

Nadie lo negará eternamente.
Como nadie dará nada por vivir
ese momento opaco y sus abismos

Aun así, la luz, el pecho de la luz, los labios nacarados de la luz
sonríen cara al aire.

Este es un poema construido con métrica de lluvia y chorreantes despojos de aire
moviendo barandales atravesados por una luz pordiosera y cerezas.
Cerezas.

El que se levanta creyendo que el alba es un hojaldre con nata;
el que enamorado toca un triángulo con una rama de agavanza;
el que tiene la suerte de espaldas y convoca con fe a un chamán;
el que recibe el eco de las herrerías por el oído izquierdo;
el que oculto en una cueva bebe el miedo de los maquis;
el que en sábado talla con lujuria la madera;
el que usa un paraguas como bastón para caminar junto a un río;
el que feliz canta ante los saurios;
el que entrega chuscos a la hambruna que nerviosa en la noche transita

[los pasadizos;

el que ama el perfume húmedo del musgo;
el que se descalza a la entrada de su casa como en un suelo sagrado
y el que moldea su espíritu con zumo de ortigas

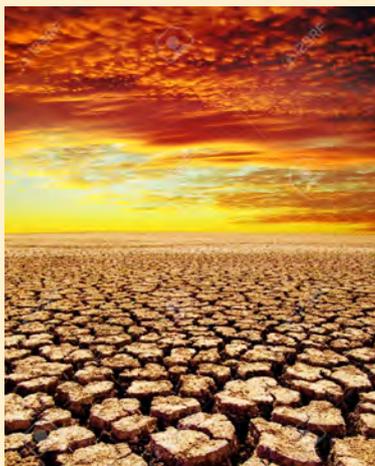
creen en el idioma del aire y las cerezas.

Pero también en el gesto triste del pájaro enjaulado
y en la mirada llena de peregrinaciones de Rimbaud.

Llueve. Una tormenta con brillo de lámparas azules se instala feroz en el mar.
También en las esquinas malva de mi corazón.

Carmen Busmayor

@U`gYX



La sed, salobre son de sol aleve,
al agua retenida desafía.
Sobre estos sequedales todavía
no hay ni la sombra de una nube leve.
La tierra tiene sed. Pero no llueve.
Ha agostado su entraña la sequía.
Aún brota un manantial de la alegría,
aunque luego la pena se lo lleve.
Tenemos sed, horror a manos llenas.
Las fuentes surten soledad y arenas,
y esta sed no se aplaca. Mala suerte.
Y pediré una lluvia decidida,
que aleje cualquier sed de nuestra vida.
La sed es el heraldo de la muerte.

9`a Uf `Yb`7UVc`J]X]c`



Cadencia de la tarde. Un mar de estruendo
atempera la costa. El alto cielo,
haciéndose a la mar en frágil vuelo
de velero y cristal. La luz mintiendo.
Me he asomado a un Cantábrico tremendo
donde empieza la sed y el desconsuelo;
donde un temible mar de amargo velo
torna espuma la sal; donde estoy viendo
esta extensión oceánica y oscura
cincelar tenazmente acantilados
e igualarse a la costa en estatura.
Donde gimen los vientos desairados,
y se ciernen insomnes en la altura
las gaviotas, los vértigos alados.

Textos inspirados por la poesía de Mestre

(Inspirados por "Eclipse con Rimbaud")

¿Cuántos poetas han besado a sus amadas en sus escritos,
para luego, al volver a casa,
revolcarse en la cama de sus amantes varones?
¿Cuántos, en sus poemas, han cambiado un simple
pronombre, un "lo" por un "la", un "él" por un "ella",
por miedo a la violencia?
¿Cuántos "Yo lo quise, y a veces él también me quiso"
quedaron ocultos bajo las sábanas
de quienes no pudieron alzar la voz?
¿Cuántos Wilde, Rimbaud, Lorca, Proust?
¿Cuántas Gloria Fuertes y Virginia Woolf?

Teníamos un gato que se llamaba Rimbaud, o así lo llamábamos. Teníamos también un gato que se llamaba Verlaine. A veces, desaparecían por la noche y yo sabía que habían estado con una gata. Unas noches Verlaine hacía el amor con la gata, pero pensaba en Rimbaud. Otras noches era Rimbaud quien lo hacía con la gata pensando en Verlaine. Cuando la gata iba a tener gatos, nos preguntábamos si serían amarillos como Rimbaud o verdes como Verlaine. Resultaron ser blancos y negros.

Cuando Rimbaud murió, Verlaine pasó dos semanas sin comer ni dormir. Se fue con la gata y tuvo gatos amarillos. Y murió, o se dejó morir, en la puerta de nuestra casa. Lo enterramos junto a Rimbaud y aquella noche oímos a los dos gatos maullar al unísono.

Aarón Alonso



Esperé que me tendieran la mano
Esperé alimento que llenara el vacío
Espere cobijo que me guardara del frío
Esperé, con el puño en alto,
algo de fuerza para seguir luchando.
Pero me silenciaron y no llegue a tu oído
y tu remordimiento me dejó en el olvido.

Claudia Vidal

Cuerpos

(Inspirado en el “Poema del lejano”)

Se deslizan ya las gotas de lluvia por la ventana, como fugaces estrellas en busca de un nuevo universo, y a través del cristal translúcido de la estancia, el vertiginoso mecanismo de la vida comienza a poner en marcha sus engranajes.

Las figuras se entremezclan en el espesor de la mañana, inquietas como las agujas de un reloj y vacías como un cuerpo sin alma. Porque ya nadie es de sí mismo, ni tan siquiera el hielo lo es de la escarcha.

Y es entonces, al borrar con la yema del dedo, como dibujando, el vaho del frío que se calienta, cuando aparece el cuerpo y no la figura, cuando se ve a la persona y no a la sombra. Y son esos cuerpos, tan diferentes en formas, tamaños y recorrido, los que al mismo tiempo son tan iguales.

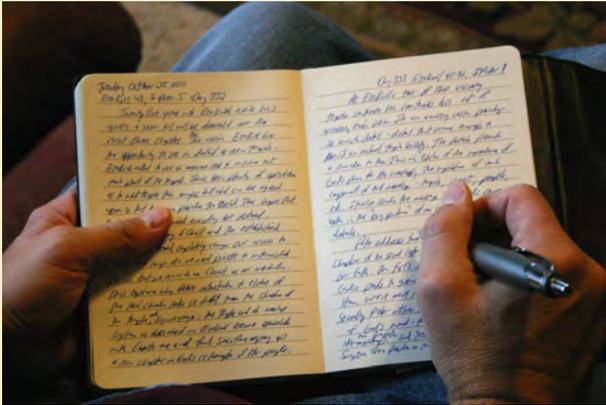
Cuerpos amenazados por la sonrosada aurora de un nuevo día, más temida que deseada, cuerpos fugitivos que se esconden en los rincones del fugitivo mundo huyendo de esa melodía de incienso y lágrimas, buscando hasta en el más hondo recoveco de sus entrañas las risas de un pasado ahora cubierto por telarañas.

Pero para aquellos, para esos cuerpos que vagan, todavía queda esperanza. Porque ya se oyen los cantos de las golondrinas, que anuncian que en algún lugar todavía es de día.



Alba Fernández Prieto

El diario



Añoraba el ruido de la ciudad. A diferencia de los demás, no era capaz de dormir sin tener algún sonido en el que centrar su atención. Le faltaba ese monótono ronroneo del motor de un coche o las subidas y bajadas del tono de una voz que subía desde la calle. Allí en el campo, en donde quiera que estuviese, había silencio. Un silencio que jamás había oído; un silencio que daba miedo. Era como albergar el vacío dentro de sus propios oídos, como la oscuridad hecha onda sonora.

Echaba de menos incluso el juego de pequeñas motas de luz y sombra que se formaba cuando amanecía y las persianas no estaban del todo cerradas. Allí todo era oscuridad. Intentaba convencerse a sí mismo de que esa mudanza no había sido culpa de nadie. ¿Acaso alguien creería en el destino? Él desde luego que no. Lo que otros llaman destino, él lo llamaba consecuencias. Desde el comienzo de los tiempos, el ser humano ha atribuido a la magia y a lo sobrenatural la capacidad de predecir el transcurso de una vida, así como de muchas otras cosas, ya fuera por interés o por querer explicar lo que aún no se sabía esclarecer.

Se revolvió en la cama todas las noches, como un pájaro enjaulado ansioso de libertad. Su pelo negro se enmarañaba entre la sábana y la almohada, mientras su cuerpo, quizá algo delgado, se retorció en posturas dolorosas para cualquier persona un poco menos flexible. Noche tras noche intentaba hacerse a la situación que le tocaba vivir, y día tras día amanecía habiendo dormido menos que el anterior.

El instituto local no se parecía en nada al suyo. Los chavales en la ciudad forman grupos, manadas de todo tipo según la condición de los integrantes. Estas pueden (o no), comunicarse entre ellas. Pero en aquel lugar todos eran la manada, y eso daba pie a la crueldad. Muchos se habían metido con él antes, pero nunca de una manera que le afectase tanto. Quizá aquellos insultos y empujones calaban hondo porque acababa de llegar y aún estaba desorientado e indefenso, sin su típica coraza de indiferencia.

Pasaba las clases observando el exterior a través de la ventana, intentando averiguar qué pasaba por la mente de los transeúntes. Trataba de adivinar cuál era la razón por la que la mujer del bolso de lentejuelas pasaba con el ceño fruncido todos los miércoles a la misma hora. O si el hombre que caminaba calle arriba, calle abajo, todas las mañanas con aire compungido y buscando las juntas de las baldosas con su bastón, no creía en el futuro o simplemente añoraba el pasado.

En su tiempo libre le gustaba escribir y buscarles cualidades imposibles (como color, textura o forma) a las palabras. De hecho, tenía un diario en el que relacionaba hechos sin importancia de su vida cotidiana con reflexiones no tan banales. Siempre acababa el día plasmando en él una palabra que lo resumiera. Por ejemplo, el día que se mudó, la palabra fue: Cambio.

Al avanzar el tiempo, su vida pasó de ser monótona a ser insoportable. Sentía que había repetido cada momento al menos diez veces a lo largo de la última semana. Así que caminó. Se echó a andar hacia al oeste, ya que le parecía la dirección más bonita de las que podía tomar: Oeste, una palabra ondulada y verde, ¿No? Como las olas que bañan la Europa occidental, o los arrecifes y los mares poco profundos del oeste del Pacífico. Una sola cosa y tantos matices. Quizá debería entender así la vida. Nada es blanco o negro si hay una persona al otro lado que puede estar viéndolo de color rosa.

Llegó a lo alto de una colina y se guardó para siempre la inefable imagen mental de aquel paraje. El más bello que vería jamás. Flores primaverales de todo tipo se extendían en todas las direcciones. Coloridas y con un olor fuerte, de esas que solo viven unos meses. Y además, un arroyo demasiado ancho para denominarse riachuelo y demasiado estrecho para ser un río serpenteaba por la que él consideraba la frontera entre el bosque y la pradera.

Le invadió un repentino e inexplicable deseo de correr entre toda aquella hermosura que olía a libertad. Llegó hasta un árbol, un sauce llorón no demasiado alto cuyo tronco se retorció tras una tupida capa de ramitas y hojas que caían como auténticas lágrimas hasta el suelo. Era el único árbol a ese lado del arroyo. Se metió dentro apartando las lianas y descubrió un remanso de paz. El ronroneo del agua le hacía olvidar el hastío que vivía. Se sentó apoyando la espalda en el tronco y escribió.

Tenía las manos pequeñas y finas. Se movían firmemente por el papel, guiando el bolígrafo como el mapa guía al viajero. Guardó el diario entre las raíces del árbol, ya que así se aseguraba que volvería a ese maravilloso lugar, y tras decidir qué palabra describiría mejor su día volvió a casa. Entre descubrimiento, paz y Oeste; eligió descubrimiento.

Cumplió la promesa de regresar a ese sitio. Tanto es así, que no solo volvió, sino que se convirtió en el lugar de reunión consigo mismo. Sus padres estaban demasiado ocupados y nadie le decía donde debía y donde no debía estar. Tocaba su vieja guitarra, dormía al son de los susurros que emitían los pequeños remolinos de agua que se formaban pocos metros detrás de él, y se resguardaba del mundo tras la, a la vez frágil e irónicamente férrea defensa que le otorgaban esas hojas.

Día tras día, ese sentimiento de desesperación que gobernó su vida desde que llegó a aquel pueblo se esfumaba junto a las melodías de su guitarra por las aberturas que la brisa formaba entre las lágrimas de aquel sauce. A tal lugar llegó el apego que sentía por ese lugar, que el día que sus padres le dijeron que volvían a la ciudad sintió el mismo vacío que la primera noche, se extendía desde sus oídos hasta la boca del estómago y acababa por deslizarse en forma de sollozo por el tobogán de sus pestañas.

Era algo irreversible, la que ahora era su casa en menos de un día se convirtió en una jungla de cajas y polvo. No podía soportar la idea de marcharse sin despedirse del que había sido durante meses su único reducto de paz. Así que en un momento dado se escabulló y salió corriendo hacia el campo a pesar de la fría brisa que calaba sus huesos y convertía sus lágrimas en miles de fragmentos de cristal.

Se metió dentro de su refugio y cogió su cuaderno dispuesto a bañar su última hoja con lo que había sentido durante su estancia allí y resumirlo con una palabra, quizá la palabra más importante de su vida. Era algo grande para él, así que decidió pensárselo bien. Cerró los ojos entre sollozos y se dejó llevar.

Parecía que el viento cantaba, o más bien reía cruelmente ante él. Movía las ramas colgantes del sauce anunciando la llegada de una tormenta. El aire entró y lo rodeó, invisible, puro y liviano; y los truenos acompañados de los centelleantes rayos formaban un ambiente fantasmagórico a la par que extremadamente bello. Un soplo de viento tormentoso lo levantó; etéreo como un susurro, siguiendo el ritmo que imitaban las gotas al estrellarse contra el suelo: Un ritmo caótico. Ese viento llevó a aquel chico lejos de allí, como si nunca hubiese existido: como un eco, como un recuerdo. Un recuerdo convencido de que alguien escribiría la página mojada de aquel extraño diario perdido bajo el cobijo de un sauce.



Guillermo Vázquez

La herida

Llevo unos días pensando cómo será agosto, ese mes tan especial, ahora que las cosas han cambiado y han dado un giro de ciento ochenta grados.

Llevo unos días imaginando cómo serán nuestras miradas cuando se crucen de nuevo, cuando cada uno se pierda en la curva de la sonrisa del otro y no sepamos si detenernos o continuar.

Llevo unos días recopilando todo aquello que quise decirte y no pude; todo aquello que quise expresarte y no pude; todo aquello que llevo dentro de mí y hoy pesa más que nunca.

Llevo unos días en los que pienso cuál será tu reacción al ver la grieta que provocaste en mí, esa que prometiste no causar y ahora aquí está... acompañándome cada día.

Llevo unos días en los que quiero decirte hola, adiós, hasta siempre, hasta nunca, te quiero, te odio, vuelve, vete.

Palabras que sé que acabaré diciendo, aunque en otro orden.

La herida sigue escociendo. Tú decides: o la cierras o la curas.

Gema Cuervo

Soledad

Estoy absorta en mis pensamientos,
Dentro de una nube de aire.
Estoy sola con mis recuerdos,
No hay nadie que me acompañe.

Soledad, puedes ser desesperante,
Puedes acabar en suicidio,
Yo me niego a obviarte,
Quizá ya haya perdido el juicio.

Soledad, tú que siempre me acompañas,
Si te vas, te echaré de menos.
Soledad, tú que no dices palabras,
Al final solo nosotros quedaremos.

No tengo nada que decir,
Acaso importa eso que diga?
Soy tan solo un ser con vida,
Que hoy ha decidido existir.

Claudia Acevedo

Haiku del otoño

Cubre el otoño de hojas,
el suelo escarchado
en la noche majestuosa.

Christian Diéguez

Amor de verano

No hables de amor
si no sabes qué es el dolor,
como una espina clavada
que te consume, que te acaba,
te destruye y te construye,
se desliza como la lluvia
por el cristal con un aura espectral.
Qué miedo me da querer y no recibir,
vivir por él, morir por él y resucitar,
para ver que después de todo,
no había ningún modo
de que esta historia fuera como un verano,
cálido con brisas y un poco de amor pagano.

Daniel Puente

Nocturno

Llegó ya la noche y la senda se alarga.
Frente al carruaje que avanza lentamente,
Los sonidos del río lamiento el puente
Parecen canto del pájaro en su jaula.
Árboles que el cielo tocan con sus ramas.,
Sombras que la luna arroja en las cañadas:
En silencio y pesaroso a mis espaldas
Va quedando el paisaje que un día amara.
No lo miro, que si al llanto diera suelta,
Aún más triste sería este viaje de vuelta.

Victoria Rodera

Amor truncado

En los ojos del recién llegado
una brisa escupía los rostros
con temores y versos guardados.
Debajo del pecho un par de suspiros.
En ella recordaban en sus pupilas
la llamada del adiós a su amada,
la llevaban arrastrada al pasado
que robó sus últimas palabras.
Una lágrima corre hacia sus labios,
desaparece en el horizonte
donde fueron dados los besos malditos.
Asesinado por quien más quería
solo le queda esperar otra vida
y perderse en el beso que le daría.

Valeria Pérez

Te busco a ti

Busco a alguien que me quiera,
que me sepa comprender,
que me conozca realmente,
y, que como soy, me llegue a querer...

Alguien que me acompañe,
en la risa y en el llorar,
alguien que me haga sentir,
lo que valgo,
y lo que realmente es amar...

Alguien que llegue a conocerme
debajo de este disfraz,
que sepa mis frustraciones,
que viva mi soledad...

Alguien que entienda mis penas
o mis ganas de reír,
alguien que me consuele
y me dé ganas de seguir.

Necesito a alguien que me brinde,
compañía, alegría, amistad,
alguien que en mí confíe,
y que me enseñe a confiar.

Alguien que con tan sólo su mirada
pueda iluminar
hasta el camino más oscuro
de mi oscura, oscura soledad.

alguien que me pueda hacer sentir
el hombre ideal
y que con caricias y besos
acabe con esta tristeza boreal.

Ignacio Molina

Ser o no ser

Son veinticuatro las horas que tiene un día, son siete
los días que tiene una semana, son cuatro las semanas
que tiene un mes, son doce los meses que tiene un año,
pero, ¿Sabe alguien los años que tiene la vida?

¿Sabe alguien que es la vida?

¿Sabe la vida quienes somos nosotros?

¿Somos planes o accidentes?

¿Somos error o perfección?

¿Somos o no somos?

Y si fuésemos,

¿Qué somos?

Pablo Trapote

Me desangro por dentro

El otoño llegó sin prisa
y tú marchaste con ella
a la par que sonreías
dejando tan solo una brecha.

Afilados cual cuchillo
nos fuimos haciendo
como el canto al río,
con gran estruendo.

La paz la encontré contigo
y ahora, que no estás a mi lado,
esta guerra que vivo
me está matando.

Ojalá tener piel suficiente
para tatuarme todos nuestros besos,
y que el viento no se lleve nuestros
más bellos momentos.

¿Y cómo entenderme
si con cada respiro
espero volver a verte,
sabiendo que ya te has ido?

No hay palabras mías
que no lleven tu nombre,
como tampoco hay vida
sin yo sentir tu roce.

Un corazón intacto
imprudentemente te otorgué
que cayó en pedazos
tras recorrer tu piel.

Y resultó
que, de todo lo que nos dijimos,
nada perduró,
cayendo en el eterno olvido.

Creí tus palabras,
cada una de ellas;
peligrosas como armas
clavándose como saetas.

Jorge Elías Estefan

Un error tan bonito

Quién me iba a decir que un error podría ser tan bonito.
Que la palabra *desastre* cobraba sentido
si al lado llevaba tu nombre.
Que volvería a tropezarme una y otra vez si eso implicaba
volver a cruzarme contigo
y que a pesar de las heridas escalaría hasta el pico más alto
si supiera que tú estás esperando.

Aposté por quererte, puse en juego mi tiempo,
desafié a la suerte,
Y, como bien dice el poeta Juan Carlos Mestre,
no me arrepiento de nada ni de nadie...
y es que apostaría cien veces si es por ti
aun sabiendo que no te conseguiría hasta la ciento uno.

Tal vez es eso lo que te hace ser un error tan bonito,
el hecho de no saber todavía si ciertamente
me estoy equivocando.

Mélanie Alcalde

Errante

Hundido en la oscuridad pienso
quizá este mundo no sea para mí,
quizá yo no sea para este mundo
quizá solo sea un viajero más,
un errante,
en esta agonía llamada vida.
Una vida que nos desampara,
que no da tregua,
que nos martiriza,
que nos hace sentir inferiores,
que pretende no dejarnos disfrutarla.
Envidio a aquellos que ven la vida
como un regalo divino, algo por lo que morir,
algo de lo que estar agradecidos.
También les compadezco,
ilusos,
que algún día caerán en la verdad,
en la realidad,
verán cómo algo que tanto amaban
se va para siempre.

Iván Álvarez

Poesía

No tengo ni idea de poesía.
Puede que sea un mero intento de encerrar en un verso,
todo lo que llevamos dentro.
Bécquer decía que eran los ojos de Julia
Todo lo que se mueve declara Parra
¿Y quién se atreve a contradeciros, maestros?
La poesía no es solo letras, es sentimientos, momentos y personas.
Es los ojos de preocupación de mi madre cada vez que salgo de casa
El momento previo a estallar en una carcajada
Es la risa de mi hermana
El olor a café por la mañana
La calidez del hogar
Y la seguridad de un abrazo.

No sé escribir poesía,
pero sé que en cada lugar del planeta, hay algo de ella.
Y eso hace que el mundo sea un poco más bonito.

Sandra Almarza

Todo vuelve

1970. Llevaba dándole vueltas a ese número varias semanas. ¿Por qué vuelve todo ahora? Siempre había odiado volver a recordar algo doloroso del pasado justo cuando estaba en calma consigo mismo. Decidió recuperar los objetos que tenía de aquel año a pesar de todo el ahínco que antaño había puesto en hacerlos desaparecer. Solo quería zanzar de una vez por todas el hastío en el que se encontraba inmerso. ¿Por qué la gente no le comprendía? No entendía que la gente más cercana a él pensara que era una mala idea volver a ese momento de su pasado; pero tampoco comprendían que ese número le estaba consumiendo lentamente, como si se tratase de una vela que en cualquier momento se apagaría por fin tras consumirse.

No lo aguantaba más. Respira Miguel, vamos. Ahora o nunca- se decía. Juntó fuerzas y abrió el baúl. Le abordó entonces una rara sensación, basada en una mezcla de alivio y preocupación, al ver que todo a lo que llevaba tanto tiempo dando vueltas se había esfumado. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a hacer las paces con su pasado? No daba crédito a la situación.

"No me arrepiento de nada ni de nadie, la vida es un monólogo entre la índole extinguida de una estrella y la natural semilla" se recordaba. Citaba en su cabeza al gran Mestre, ya que esta frase había sido su máxima durante una parte de su vida. Decidió en ese momento que quizás esa era la forma que el universo tenía de devolverle su serenidad. Y se fue.

Tamara Serrano

Ilustraciones para los

poemas de

JUAN

GARLOS

WESTRE



Ilustraciones fotográficas para los poemas de Mestre:

- 1.- "Retrato de familia". Ernesto González.
- 2.- "Antepasados". Laura Brazuelo.
- 3.- "Llueve sobre las cúpulas". Jorge Corral.
- 4.- "Lo que sé de mí". Jorge Corral.



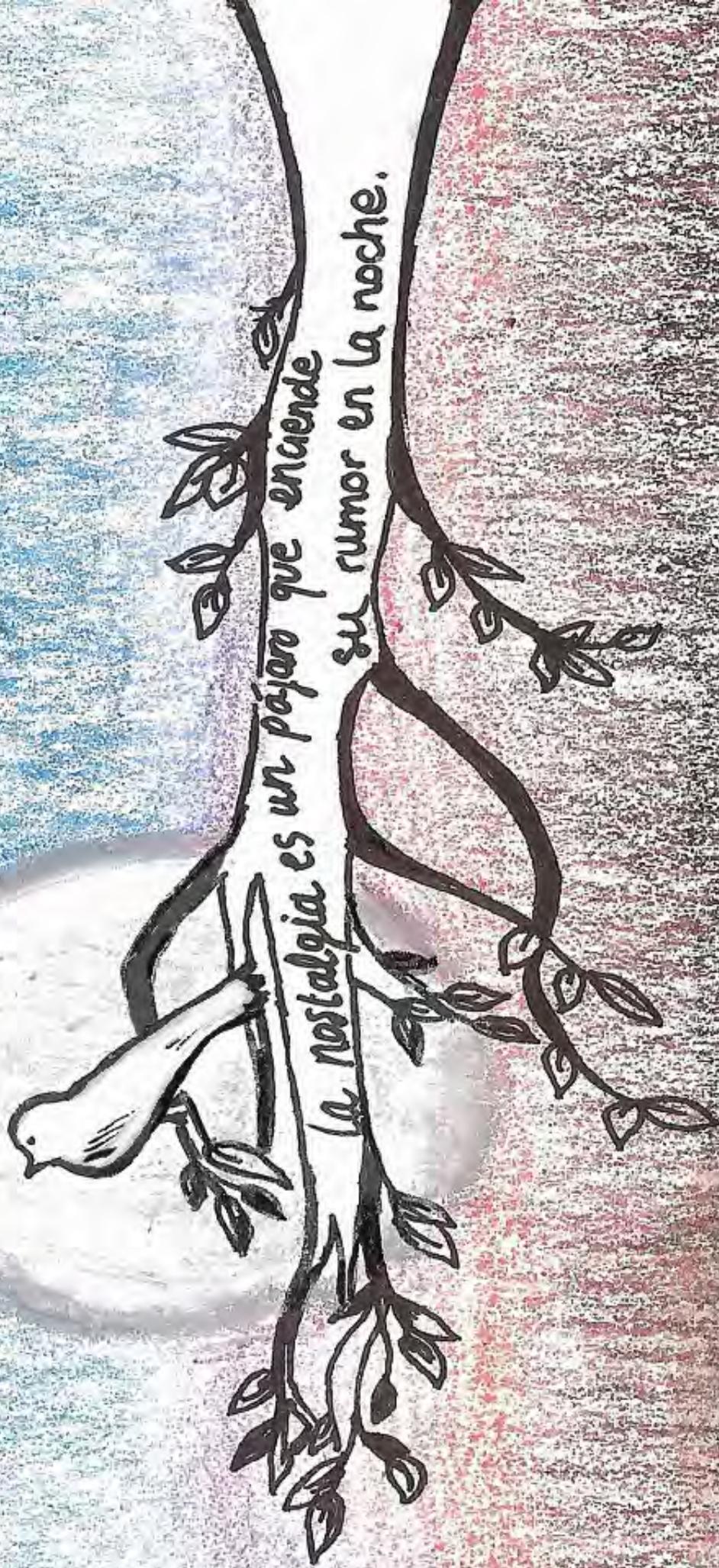
Ilustración del poema
"Memoria de la noche".
Julia Andrés.

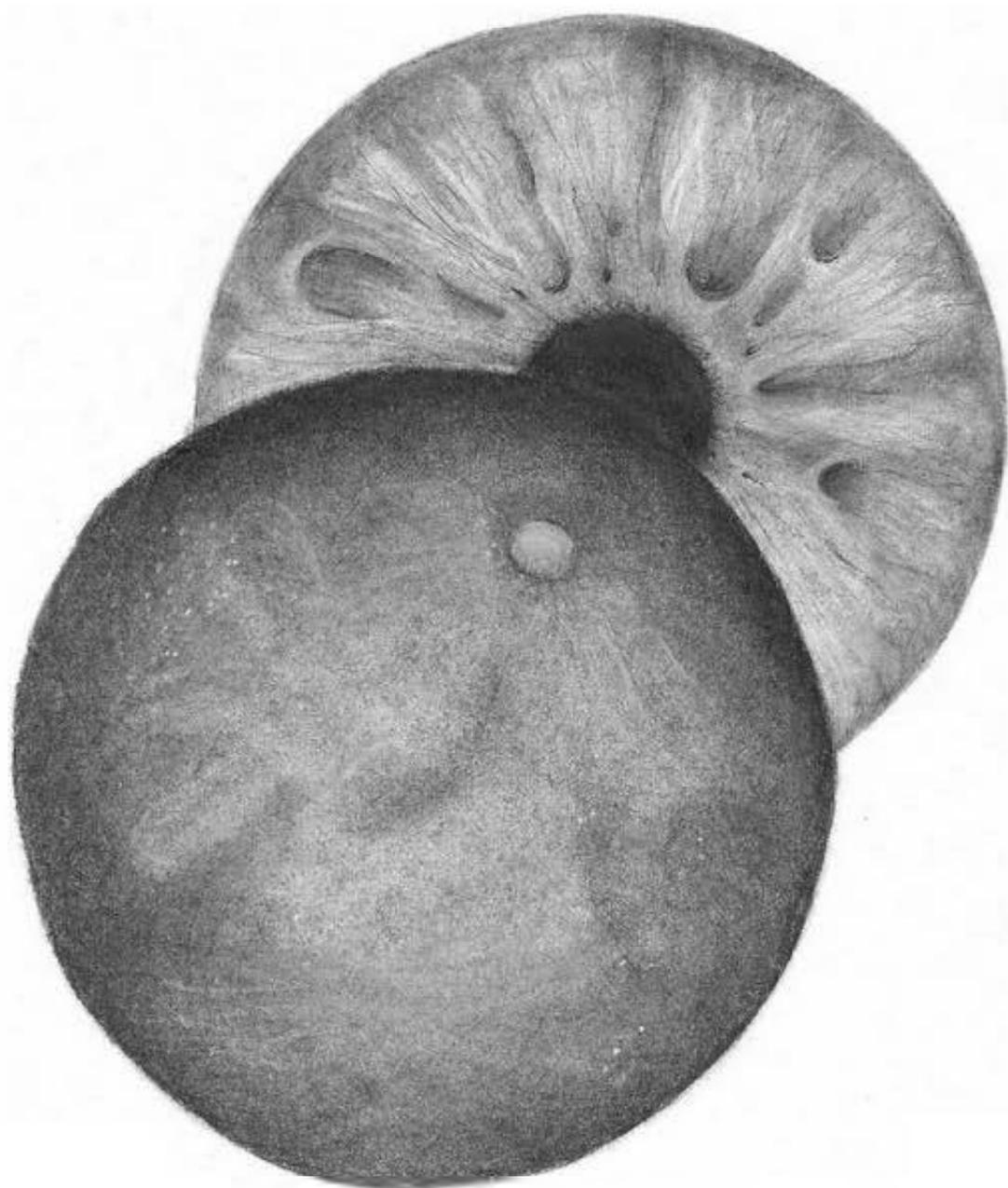


Ilustración para el poema

"La nostalgia es un pájaro."

Julia Andrés.





**Ilustración para
"Eclipse con Rimbaud".
Marina Fortes.**

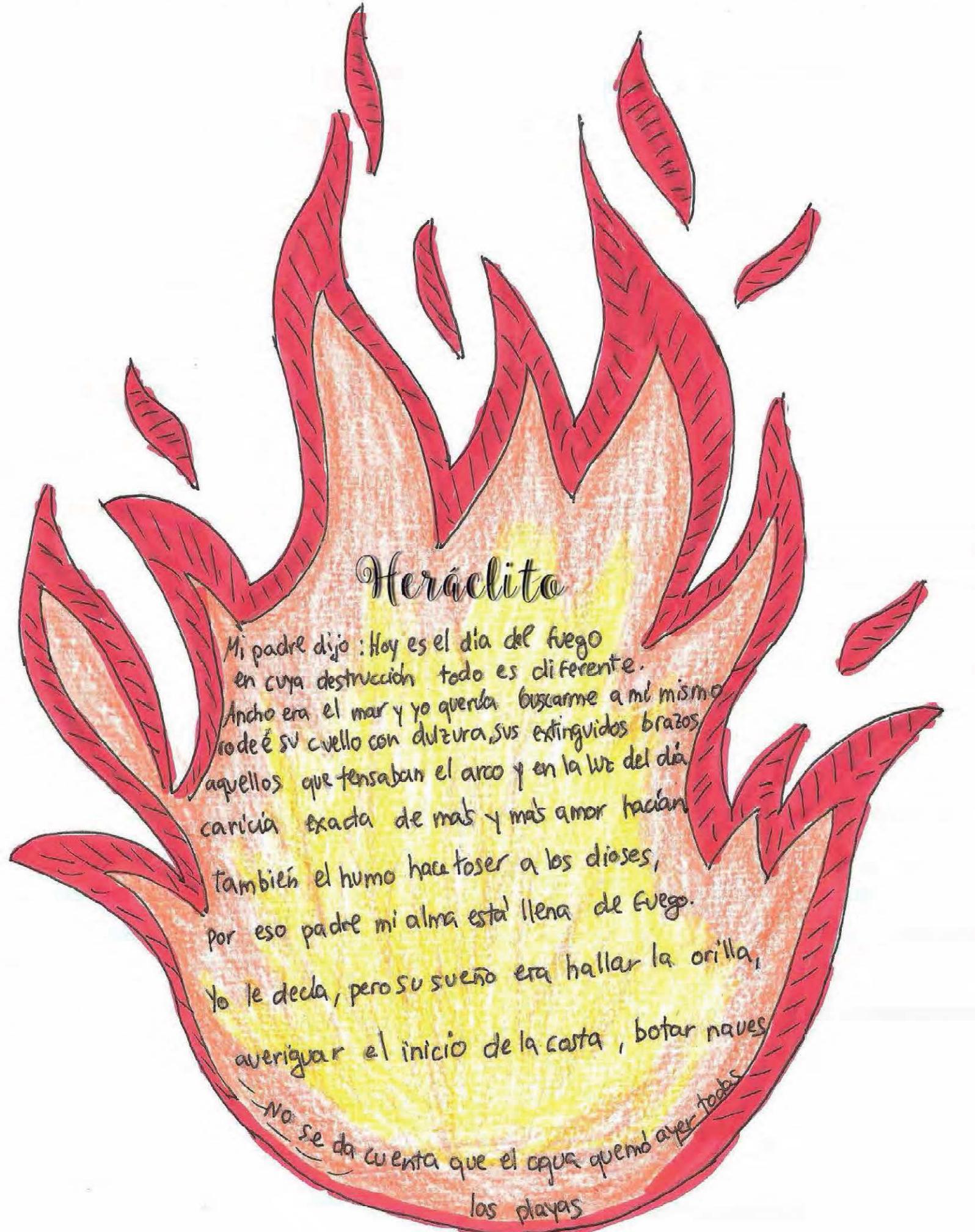


Ilustración del poema "Libélula".

Julia Andrés.



**Ilustración para
"Eclipse con Rimbaud"
Natalia Clarete**



Heráclito

Mi padre dijo: Hoy es el día del fuego
en cuya destrucción todo es diferente.

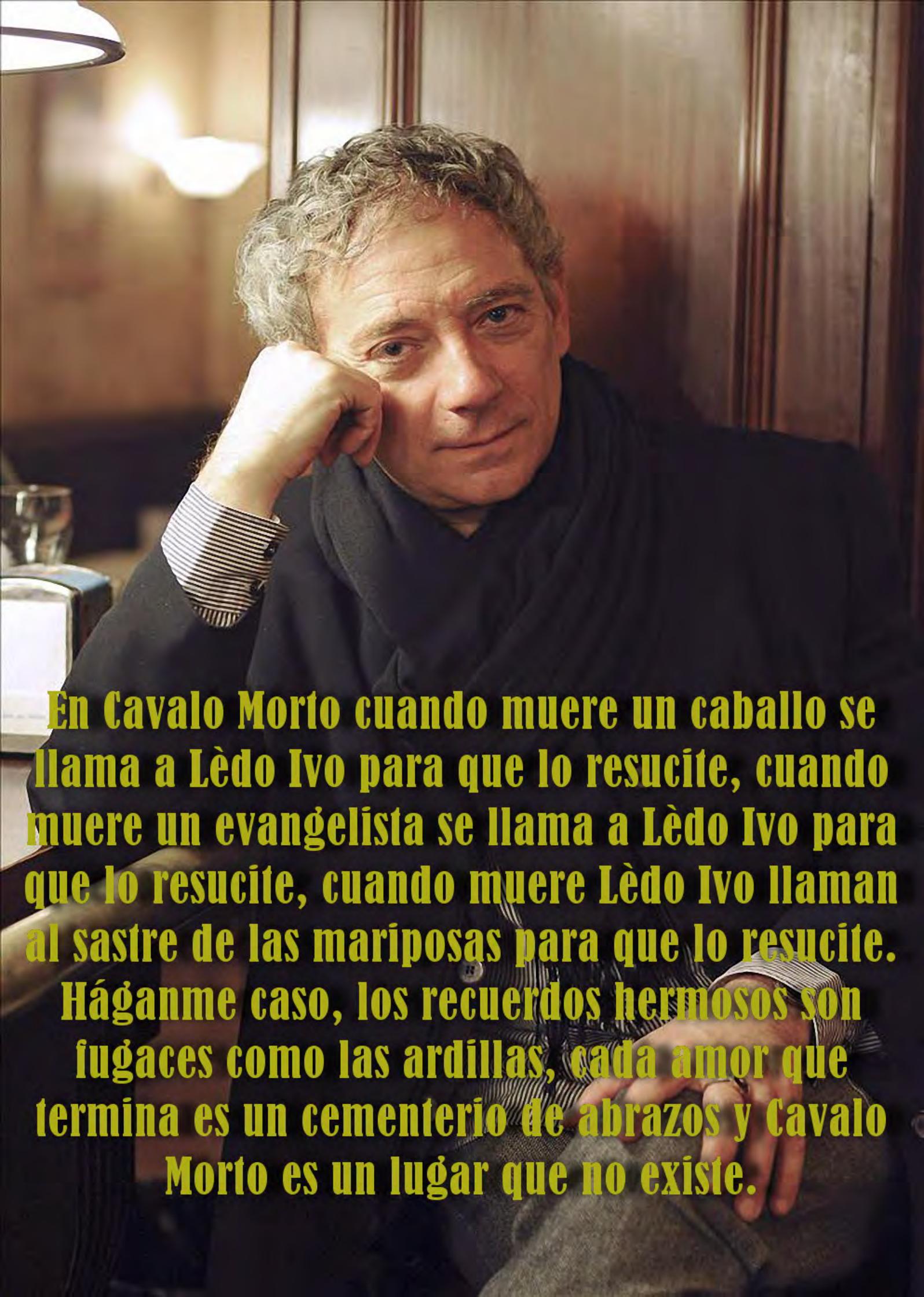
Ancho era el mar y yo quería buscarme a mí mismo
rodeé su cuello con dulzura, sus extinguidos brazos,
aquellos que tensaban el arco y en la luz del día
caricia exacta de más y más amor hacían

también el humo hace toser a los dioses,
por eso padre mi alma está llena de fuego.

Yo le decía, pero su sueño era hallar la orilla,
averiguar el inicio de la costa, botar naves

no se da cuenta que el agua quemó ayer todas
las playas

Ilustración para el poema "Heráclito". María Cisneros



En Cavallo Morto cuando muere un caballo se llama a Lèdo Ivo para que lo resucite, cuando muere un evangelista se llama a Lèdo Ivo para que lo resucite, cuando muere Lèdo Ivo llaman al sastre de las mariposas para que lo resucite. Háganme caso, los recuerdos hermosos son fugaces como las ardillas, cada amor que termina es un cementerio de abrazos y Cavallo Morto es un lugar que no existe.